

CERVANTES EN MADRID:
VIDA Y MUERTE

© 2011, Juan Antonio Cabezas

© 2011, de esta edición:

Ediciones La Librería

C/ Arenal, 21

28013 MADRID

Tel.: 91 541 71 70

Fax: 91 542 58 89

E-mail: info@edicioneslalibreria.com

Portada y Maquetación: Equipo de diseño de Ediciones La Librería

Ilustración de portada: Javier Fernández Lizán

ISBN: 978-84-9873-107-1

Depósito Legal: S-30-2011

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

JUAN ANTONIO CABEZAS

CERVANTES EN MADRID:
VIDA Y MUERTE

EDICIONES LA LIBRERÍA

ÍNDICE GENERAL

	Pág.
PRÓLOGO.-	9
CAPITULO I.-Los Cervantes llegan a Madrid	15
CAPITULO II.-Un percance juvenil aleja a Cervantes de Madrid	29
CAPITULO III.-Madrid doce años después	43
CAPITULO IV.-Primera entrevista con López de Hoyos	55
CAPITULO V.-La tentación de los corrales	65
CAPITULO VI.-El <i>Cancionero</i> de Laínez y el flechazo de Esquivias	79
CAPITULO VII.-Entre <i>La Galatea</i> y el Quijote	93
CAPITULO VIII.-Don Quijote llega a Madrid	103
CAPITULO IX.-Don Quijote y Sancho cabalgan de nuevo	115
CAPITULO X.-Don Quijote nace tipográficamente en Madrid	127
CAPITULO XI.-Un duelo retórico: Cervantes-Lope	143
CAPITULO XII.-Cervantes en plena actividad	157
CAPITULO XIII.-Entre Madrid y Esquivias	167
CAPITULO XIV.-El Quijote de Avellaneda	177
CAPITULO XV.-Cervantes escribe mientras muere.....	189
EPÍLOGO EN EL SIGLO XX.-Madrid, solar cervantino	203

PRÓLOGO

Sus obras *Clarín, el provinciano universal* y *Rubén Darío. Un poeta y una vida*, esta última galardonada con el Premio Fastenrath, de la Real Academia Española, y aquélla, probablemente la más completa que se ha escrito sobre el genial autor de *La Regenta*, acreditan a Juan Antonio Cabezas como biógrafo. Pero en el título de este libro aparecen otros dos conceptos, ambos nombres propios: Cervantes y Madrid.

El cervantismo de Cabezas también posee serias credenciales. Está, por un lado, su libro *Cervantes.-Del mito al hombre* y, por otro, sus actividades en pro de la fundación y puesta en marcha de la Sociedad Cervantina, de la que hoy es presidente.

En cuanto a su madrileñismo, aparte numerosos artículos en la prensa, fruto de la atención que siempre ha prestado a la ciudad de la que es vecino desde hace más de medio siglo, está su completísima guía *Madrid*, editada en Barcelona en 1955.

Otras obras suyas, narrativas –desde *Señorita 0-3* hasta *La ilusión humana* o *La casa sin cimientos*– y ensayísticas, como *Concepción Arenal* o *El sentido romántico de la justicia*, lo acreditan igualmente como escritor de recio, sobrio y eficaz estilo, adquirido sin duda en el telar de las redacciones de los periódicos en los que ha

trabajado –y no sólo colaborado–, como *El Diario de la Marina*, de la Habana, *El Sol* de antes de la guerra y *España de Tánger*.

En este su segundo libro sobre Cervantes, Juan Antonio Cabezas ha acotado el campo de su atención a la etapa madrileña del autor del *Quijote*. Evidentemente, los paréntesis entre los que se puede situar una etapa de la vida de un personaje –en este caso, solo el que abre, pues el que cierra coincide con el final de la vida y el entierro en un convento de la capital– no pueden ser tajantes. Las alusiones a la anterior etapa sevillana se imponen; entre otras razones, porque uno de los temas que con más profundidad y atención trata el autor, que es el de la redacción del *Quijote*, tuvo su origen en una cárcel sevillana. Pero tal vez tenga razón Juan Antonio Cabezas en considerar al Ingenioso Hidalgo una figura madrileña. Y no solo «tipográficamente madrileña», como él recalca en varios pasajes de su obra, y que lo es sin duda, sino también, en cierto sentido, literariamente.

Porque es lo cierto que el *Quijote*, con cuyo primer esbozo llega Cervantes a Madrid, es una novela corta, probablemente destinada a formar parte del volumen de las *Novelas ejemplares*; una sátira de los libros de caballerías que, reducida a la breve narración de la primera salida y primeros escalabros del buen hidalgo manchego que, por el poco dormir y el mucho leer, había llegado a perder el juicio, no hubiese tenido evidentemente la dimensión universal que tuvo, gracias a que su creador se dio cuenta a tiempo del gran filón con que había dado y de cuánto podría salir de esa visión del mundo que hoy ya podemos llamar «quijotesca» y de su comparación con la visión realista del escudero y la visión no

idealista, como la del caballero andante, sino vacuamente fantástica de los libros de caballerías.

El Miguel de Cervantes «madrileño» es el Miguel de Cervantes de la madurez existencial y literaria. En Madrid, Cervantes no solamente se relacionó con todos los ingenios de la época, sino que, gracias a la mayor estabilidad familiar que pudo lograr aquí –no exenta de sinsabores, por supuesto, que el biógrafo pone convenientemente en relieve y en su lugar– y a la fe que en él puso su editor madrileño, acometió y culminó, a pesar de su mala salud de los últimos años, «la Segunda Parte» de su obra inmortal, que no solamente la redondea, sino que le otorga, por su mayor profundidad y envidia, la dimensión que ha llevado a tantos a pensar –yo creo que con razón– que el genio de Cervantes llevó a su propia criatura más lejos de lo que el mero ingenio planteó. Y a la vista está la ingente bibliografía que ha suscitado, no solo como creación literaria integral y en relación al contexto de la época en que se produjo, sino en particulares que van desde los que se refieren a la filosofía de la historia hasta los que se fijan en la alquimia, desde los que se centran en la sociología hasta los que solo se interesan por la nigromancia, desde los que inciden en una rica simbología más o menos esotérica a los que no pasan de la más física y superficial geografía. Al alto nivel de ensayistas insignes, podemos enfrentar a un Maeztu, que aconsejaba leer las líneas, pero no las entrelíneas, a Unamuno, quien, por el contrario, incitaba a interpretar el texto del *Quijote* como Las Sagradas Escrituras, por considerar que era una fuente de sugerencias infinitas. Personalmente, como lector devoto de la Vida de don Quijote y Sancho, de este otro gran don

Miguel casi contemporáneo mío, me apunto a la tesis unamuniana de que el *Quijote* no es ni pudo ser lo que en su mente concibió Cervantes, sino lo que cada uno de sus lectores descubre en él.

En esta parcial biografía –parcial, claro, en el sentido de parte y no en el de parcialidad–, que contempla a Cervantes –vida y obra– en relación con Madrid, por un lado subyace y por otro emerge la visión particular de un lector de excepción, Juan Antonio Cabezas, que, por lo que decíamos al principio, hace su propia lectura desde una óptica muy determinada y hasta me atrevería a decir que apriorística. El *Quijote*, especialmente el gran *Quijote* de la Segunda Parte, es como es porque se escribió en Madrid.

Ahí queda la tesis como propuesta para los eruditos. Personalmente, desde mi situación actual de alcalde de Madrid, la ciudad donde vio la luz la que es probablemente la obra más grande del ingenio literario, deseo recalcar esas últimas páginas de este libro que con gran placer prologo, en las que vemos surgir toda una geografía cervantina de nuestra ciudad, calles y edificios, la cual tiene sus puntos de mayor relieve en las casas que habitó Cervantes, los corrales de comedias que a veces le distrajerón de una labor más importante, los lugares donde estuvieron las imprentas en que se imprimieron sus obras, las iglesias que frecuentó y el convento donde reposan sus restos. Una geografía madrileño-cervantina, hoy enriquecida por el edificio de la Sociedad Cervantina, levantado sobre el solar histórico donde estuvo la imprenta de Juan de la Cuesta, en la que se compuso la primera edición de la Primera Parte del *Quijote*. Sin duda, este libro de Juan Antonio Cabezas va a contribuir

en gran medida a realzar la importancia de esa área céntrica de Madrid, que debe ser lugar de peregrinación tanto de sus habitantes, como de sus visitantes. Y es que el turismo se ennoblece cuando se aúna con la cultura.

Agustín RODRÍGUEZ SAHAGÚN
Alcalde de Madrid en 1990
fecha de la publicación de la
primera edición de la obra

CAPÍTULO I

LOS CERVANTES LLEGAN A MADRID

PRIMERA CRISIS DE CRECIMIENTO

Era ya avanzada la primavera de 1566. Hacía cinco años que la pequeña villa manchega, ribereña del Manzanares, había sido convertida en corte, por decisión unilateral de don Felipe II. «Capital de mis reinos», pluralizaba el rey, porque podía. Capital del gran Imperio de Carlos I, en «cuyos dominios aún no se ponía el sol».

Los Cervantes, el matrimonio Rodrigo y Leonor, con sus cinco hijos llegaban a Madrid procedentes de Sevilla. Habían atravesado la Mancha, turnándose sobre los lomos de tres caballerías. Una la acaparaba la hija Andrea, que traía en brazos a la recién nacida Constanza, fruto de sus fracasados, pero no estériles amores con un estudiante sevillano.

La reciente corte produjo a Madrid su primera crisis de crecimiento. La villa empezaba a axfisiarse dentro del corsé de pedernal de la segunda muralla árabe. No podía absorber el gran aluvión demográfico que arras-

traba tras de sí la corte de don Felipe: cortesanos de distintas categorías, consejeros, con sus séquitos respectivos, nobles, funcionarios, y esa población flotante, que entonces llamaban «paseantes en corte», que seguían al rey, en espera de solicitadas y nunca conseguidas prebendas.

Para ampliar el recinto de la villa las puertas tradicionales de la muralla fueron trasladadas muchos cientos de varas hacia el campo circundante y los arrabales incorporados al viejo caserío. La nobleza construía apresuradamente sus palacios y se levantaban muchas casas de las llamadas «a la malicia», sin balcones en la planta principal, para burlar la ley llamada de «regalía de aposentos» que obligaba a los propietarios a ceder gratuitamente los pisos principales para alojamiento de nuevos cortesanos.

Por su parte don Felipe ya estaba entregado a la trascendental tarea de construir el monasterio-palacio de El Escorial, en la falda del Guadarrama, bajo la dirección de su primer arquitecto Juan Bautista de Toledo. Más tarde se encargaría de la obra Juan de Herrera, humanista, arquitecto y ex soldado del emperador, que iba a iberizar con granito del Guadarrama las fórmulas estéticas del Renacimiento.

Miguel de Cervantes llega a Madrid con diecinueve años. Ha estudiado dos cursos de Gramática en el colegio sevillano de los jesuitas y escribe versos todavía inéditos. Según la fantasía de Navarro Ledesma, con visos de certeza, traía en su modesto equipaje un ejemplar del *Amadís de Gaula* y otro de la *Diana de Montemayor*.

En la Mancha percibe Cervantes, por primera vez, el fuerte contraste geográfico entre la blanda y suave An-

dalucía y la seca, dura y escueta llanura manchega que él califica de «tierra sin primavera». Le parecen dos mundos separados por la dentada sierra de Despeñaperros.

En los descansos de las ventas manchegas o en el escaso tiempo que le corresponde ir a lomos de cabalgadura, Cervantes escribe sus impresiones de cada jornada. Le atrae el bullicio de las ventas camineras: arrieros, feriantes, picaros oracioneros, estudiantes, soldados, cómicos de la legua, frailes limosneros, mozas «troteras y danzaderas». ¡Qué gran teatro del mundo de la época! ¡Buena cátedra de vivo humanismo para el joven poeta y futuro escritor!

A veces Miguel se queda mirando hacia un alcor que rompe la horizontalidad del paisaje manchego. Sobre el altozano, uno o varios molinos mueven sus aspas como brazos de gigantes locos. ¡Qué grabada se queda en la fantasía del viajero aquella imagen manchega!

CERVANTES EMPIEZA A SER MADRILEÑO

Se puede decir que Cervantes entra en Madrid con buen pie. El mismo año de su llegada se instalaba la primera imprenta en la corte. Un modesto taller tipográfico a espaldas del convento de la Victoria, próximo a la Puerta del Sol, donde hoy está la calle Espoz y Mina. La instalaban Alfonso Gómez, impresor del rey, como capitalista y el francés, impresor «andante en Corte» Pierre Cosiu.

De aquella rudimentaria presencia de la galaxia Gutemberg en Madrid iban a salir impresos los primeros versos juveniles de Miguel de Cervantes. Compuestos por indicación de su maestro López de Hoyos para el

libro que el ilustre profesor dedicó a «La muerte y exequias de la reina Isabel de Valois», tercera esposa de Felipe II.

En el año siguiente (octubre de 1567) ocurrían otros acontecimientos que importaban mucho al avispa-do y veinteañero Miguel de Cervantes, ya vecino de Madrid. En las calles de la Cruz y el Príncipe se abrían al público los dos primeros corrales de comedias que tuvo la corte filipense: los llamados de la Cruz y de la Pacheca. Y algo más importante: Miguel ingresaba en el Estudio de la Villa. Una escuela de Gramática, especie de instituto preparatorio para ingreso en la universidad, fundado por los Reyes Católicos.

El Estudio, que recientemente había pasado de la calle de Segovia al número dos de la calle de la Villa, se encontraba regido provisionalmente por el interino, licenciado Francisco del Bayo, hasta que en el año siguiente fue adjudicada la definitiva dirección al sacerdote y pedagogo don Juan López de Hoyos, párroco de San Andrés.

Las correspondientes actas municipales confirman que, el 29 de enero de 1568, fue otorgada la plaza de director del Estudio al maestro López de Hoyos. Y con fecha 4 de febrero se acordó aderezar el nuevo local y autorizar al director para cobrar tres reales mensuales a cada alumno. También se aumentaban los emolumentos municipales de la dirección en treinta mil maravedís anuales, más un cahíz de trigo.

* * *

El joven Cervantes quería completar, aunque con algún retraso, los estudios interrumpidos en Sevilla. Quizá la proximidad de su villa natal, la universitaria

Alcalá de Henares, le despierta el sueño no realizado de ingresar un día en la universidad cisneriana.

Miguel empieza a ser madrileño. Con su buena planta («buen talle» se decía entonces), una crencha rubia sobre la frente, cuatro años de Gramática en los jesuitas de Sevilla y muchos más «cursos de gramática parda», aprendidos en la pobreza y permanente trashumancia familiar, más una fértil imaginación, el mozo recién llegado de las riberas del Betis empezaba a tomar el pulso a Madrid, corte creciente y ya tumultuosa. Toma contacto con algunos jóvenes poetas: López Maldonado, Pedro Laínez, Luis Gálvez de Montalvo. Desde su sevillana adolescencia, donde había conocido el de Lope de Rueda, a Cervantes le apasiona el teatro y el ambiente de fantasía, bullicio y picaresca que lo rodea. Pronto busca los recién instalados corrales, los mentideros de las gradas de San Felipe en la calle Mayor y la Puerta de Guadalajara. Pero también quiere continuar el estudio de las humanidades. Acaso no ha perdido la esperanza de ingresar en la Universidad alcalaína, por la que España limitaba al norte con la Europa del Renacimiento.

«CARO Y AMADO DISCÍPULO»

Desde febrero de 1568, Miguel de Cervantes se convierte para el clérigo humanista don Juan López de Hoyos, no en un discípulo más, sino en un discípulo de excepción. Dados sus estudios y excepcionales facultades, pronto advertidas por el sabio maestro, Cervantes ingresa en la clase de Mayores o de Arte Poética. Así se explica que, sin abandonar las clases del Estudio, pudiera asesorar y colaborar con su amigo Getino en la confección de mas-